

Reflexionando en Familia



Reflexionando en Familia

Este es un tiempo más que propicio para incentivar la reflexión y qué mejor que hacerlo en familia. Para facilitar la tarea hemos seleccionado los mejores cuentos e historias con el fin de que se conviertan en un pretexto que permita reunir a la familia en torno a la lectura, para generar un diálogo y un enriquecedor intercambio de ideas.

No es un libro para leerlo de una sola vez. Es un libro para degustarlo de a poco. Cada historia puede tener un sentido especial, cada relato puede significar algo diferente para un niño, un adolescente o un adulto... todos y cada uno de esos significados son los que finalmente nos ayudarán a descubrir los valores y los signos de esperanza que en ellos se esconden.

Los invitamos a leer estas narraciones con el corazón limpio para que realmente nos dejemos iluminar por ellas.

Pedro A. Arellano

Desafío



El valor de lo pequeño

En una ocasión en que el sol lamía el horizonte sobre el mar, se vio recortada contra la luz la silueta de un hombre, que por su agilidad parecía ser joven, quien se agachaba continuamente y parecía arrojar algo hacia el mar.

Un hombre anciano que tenía fama de sabio y caminaba todas las mañanas por la playa vio con extrañeza la silueta del joven y se preguntó a sí mismo: ¿Qué hará aquel hombre?

Al irse acercando se dio cuenta que estaban esparcidas sobre la playa varios millones de estrellas de mar y que el joven las arrojaba de nuevo al agua, como queriéndolas salvar de la muerte segura.

- Bello gesto -dijo el anciano al joven- pero, ¿ya te diste cuenta de cuántas estrellas son?

- Tantas como granos de arena en la playa, o gotas en el mar -contestó el joven.

- Qué absurdo -replicó el anciano-, ¿a cuántas podrás

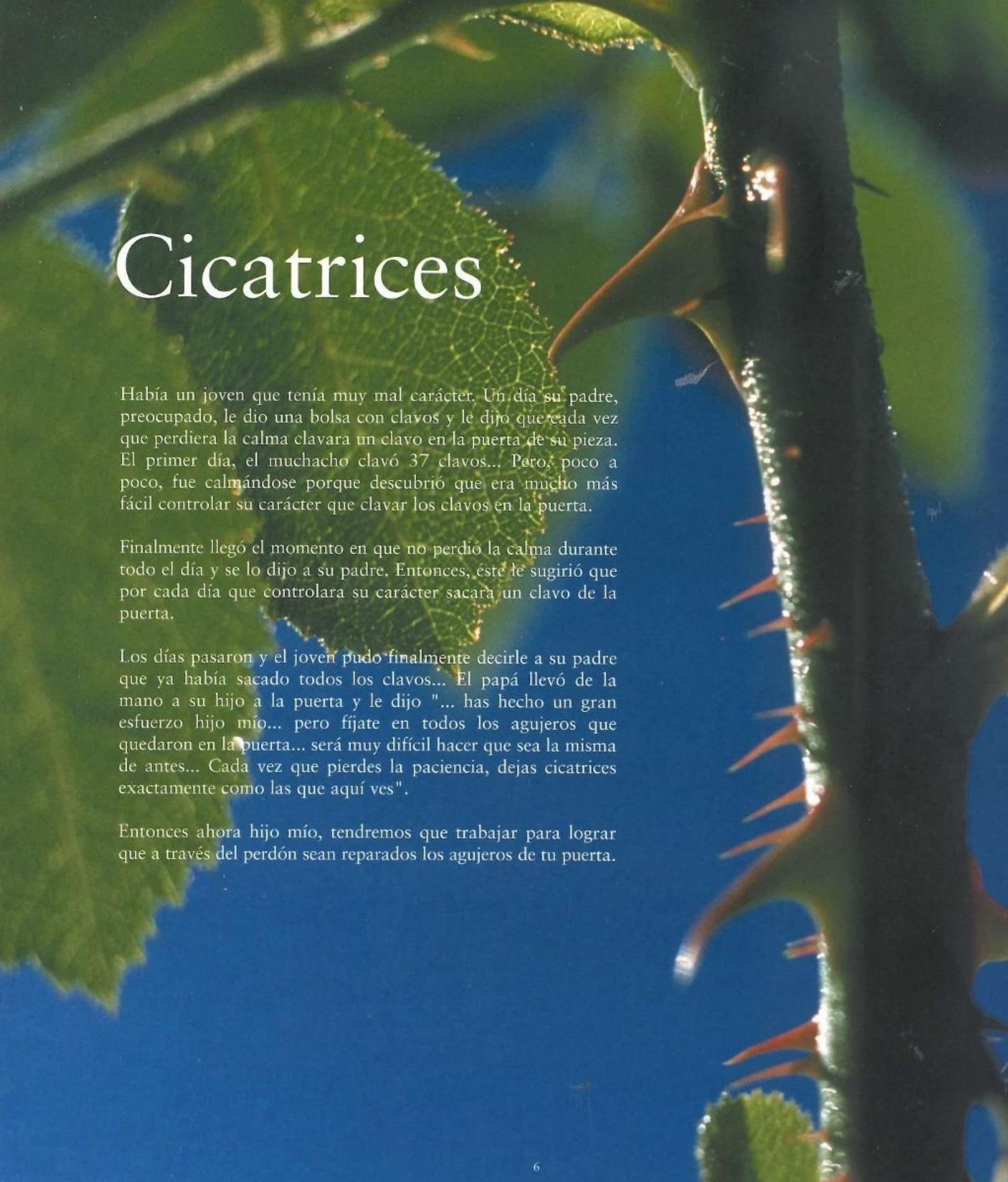
salvar?... Tu esfuerzo es completamente inútil.

- Tal vez -contestó el joven tomando en su mano derecha una estrella de mar-, pero mira, ¡ésta vivirá! -y la arrojó al mar ...Y vivirá por mí.

- Es más sabio salvar algunas que dejar morir a todas, ¿no crees? - preguntó el joven-.

El anciano no contestó nada, se veía muy confundido y prefirió retirarse del lugar, llegó a su casa y todo el día pensó en si el encuentro que había tenido con el joven le ofrecía la oportunidad de aprender. Se preguntaba también si en esa conducta absurda del joven había alguna verdad oculta, y así el anciano noble y sabio pasó todo el día hasta el anochecer.

A la mañana siguiente, cuando el sol nuevamente lamía el mar y una suave bruma envolvía el ambiente, las siluetas de dos hombres, uno joven y otro viejo, se veían juntas devolviendo estrellas al mar.



Cicatrices

Había un joven que tenía muy mal carácter. Un día su padre, preocupado, le dio una bolsa con clavos y le dijo que cada vez que perdiera la calma clavara un clavo en la puerta de su pieza. El primer día, el muchacho clavó 37 clavos... Pero, poco a poco, fue calmándose porque descubrió que era mucho más fácil controlar su carácter que clavar los clavos en la puerta.

Finalmente llegó el momento en que no perdió la calma durante todo el día y se lo dijo a su padre. Entonces, éste le sugirió que por cada día que controlara su carácter sacara un clavo de la puerta.

Los días pasaron y el joven pudo finalmente decirle a su padre que ya había sacado todos los clavos... El papá llevó de la mano a su hijo a la puerta y le dijo "... has hecho un gran esfuerzo hijo mío... pero fíjate en todos los agujeros que quedaron en la puerta... será muy difícil hacer que sea la misma de antes... Cada vez que pierdes la paciencia, dejas cicatrices exactamente como las que aquí ves".

Entonces ahora hijo mío, tendremos que trabajar para lograr que a través del perdón sean reparados los agujeros de tu puerta.

Un anciano muy pobre se dedicaba a sembrar árboles de mango.
Un día se encontró con un joven quien le dijo:
- ¿Cómo es que a su edad se dedica a plantar mangos? -
¡Tenga por seguro que no vivirá lo suficiente para consumir sus frutos!
El anciano respondió apaciblemente:
Toda mi vida he comido mangos de árboles sembrados por otros.
¡Que los míos rindan frutos para quienes me sobrevivan!

El sembrador

Continuando con su explicación el sembrador sentenció:
Habitamos en un universo en el que todo y todos tienen algo que ofrecer:
Los árboles dan, los ríos dan, la tierra, el sol, la luna y las estrellas dan.
¿De dónde, pues, esa ansiedad por tomar, recibir, amasar, juntar, acumular
sin dar nada a cambio?
Todos podemos dar algo, por pobres que seamos. Podemos ofrecer pensamientos
agradables, dulces palabras, sonrisas radiantes, conmovedoras canciones, una
mano firme y tantas otras cosas que alivien a un corazón herido. Yo he decidido
dar mangos, para que otros, que vengan después que yo, los disfruten.
Y tu jovencito -preguntó el anciano- ¿has pensado en lo que quieres dar?





Levantarse

Un día, el burro de un campesino se cayó en un pozo. El animal lloró fuertemente por horas, mientras su dueño trataba de encontrar una solución al problema.

Finalmente, el campesino decidió que el burro ya estaba viejo y el pozo ya estaba seco y necesitaba ser tapado de todas formas. Realmente no valía la pena sacar al burro del pozo y era necesario terminar con la tragedia.

Invitó a sus vecinos para que vinieran a ayudarlo. Cada uno agarró una pala y empezaron a tirarle tierra al pozo. El burro se dio cuenta de lo que estaba pasando y lloró aún más fuerte. Luego, para sorpresa de todos, después de unas cuantas paladas de tierra, se aquietó.

El campesino finalmente miró al fondo del pozo y se sorprendió de lo que sus ojos comenzaron a observar. Con cada palada de tierra, el burro hacía algo increíble: se sacudía la tierra y daba un paso encima de ella.

Muy pronto todo el mundo fue testigo de cómo el burro llegó hasta la boca del pozo, pasó por encima del borde y salió trotando...

El campesino corrió tras él, lo interceptó y le preguntó: viejo burro de carga ¿cómo haz hecho esta inteligente hazaña.? A lo que el burro simplemente respondió:

“En la vida siempre te tiran todo tipo de tierra, el truco para salir del pozo es sacudírsela y usarla para dar un paso hacia arriba. Te aseguro que podemos salir de los pozos más profundos si no nos damos por vencidos”.



Compartir

Aquel señor había viajado mucho. A lo largo de su vida, había visitado cientos de países reales e imaginarios...

Uno de los viajes que más recordaba era su corta visita al País de las Cucharas Largas. Había llegado allí por casualidad a través de un pequeño desvío que conducía al mencionado país. El sinuoso camino terminaba en una sóla casa enorme. Al acercarse, notó que la mansión parecía dividida en dos pabellones: un ala oeste y un ala este. Estacionó el auto y se acercó a la casa. En la puerta, un cartel anunciaba:

“País de las cucharas largas: Este pequeño país consta sólo de dos habitaciones: la negra y la blanca. Para recorrerlo, debe avanzar por el pasillo hasta que éste se divida y doblar a la derecha si quiere visitar la habitación negra, o a la izquierda si lo que quiere es visitar la habitación blanca”

El hombre avanzó por el pasillo y el azar lo hizo doblar primero a la derecha. Un nuevo corredor de unos cincuenta metros terminaba en una puerta enorme. Desde los primeros pasos por el pasillo, empezó a escuchar los quejidos que venían de la habitación negra.

Por un momento las exclamaciones de dolor y sufrimiento lo hicieron dudar, pero siguió adelante. Llegó a la puerta,

la abrió y entró. Sentados alrededor de una mesa enorme, había cientos de personas. En el centro de la mesa estaban los manjares más exquisitos que cualquiera podría imaginar y aunque todos tenían una cuchara con la cual alcanzaban el plato central... se estaban muriendo de hambre. El motivo era que las cucharas tenían el doble del largo de su brazo y estaban fijadas a sus manos. De este modo todos podían servirse pero nadie podía llevarse el alimento a la boca, la situación era tan desesperante y los gritos tan desgarradores, que el hombre dio media vuelta y salió casi huyendo del salón.

Volvió al hall central y tomó el pasillo a la izquierda, que iba a la habitación blanca. Un corredor igual al otro terminaba en una puerta similar. La única diferencia era que, en el camino, no había quejidos, ni lamentos. Al llegar a la puerta, el explorador giró el picaporte y entró en el cuarto.

Cientos de personas estaban también sentados en una mesa igual a la de la habitación negra. También en el centro había manjares exquisitos. También cada persona tenía una larga cuchara fijada a su mano... Pero nadie se quejaba ni lamentaba. Nadie estaba muriendo de hambre... ¿Por qué? porque todos se daban de comer unos a otros...

Todo tiene un sentido

Un cargador de agua tenía dos grandes vasijas que colgaban a los extremos de un palo que él llevaba encima de los hombros. Una de las vasijas tenía varias grietas, mientras que la otra era perfecta y conservaba toda el agua hasta llegar al final del largo camino que recorría, desde el arroyo, hasta la casa de su patrón.

Cuando llegaba, la vasija rota sólo contenía la mitad del agua. Durante dos años completos esto fue así diariamente. Desde luego, la vasija perfecta estaba muy orgullosa de sus logros, pues se sabía perfecta para el fin que había sido creada. Pero la pobre vasija agrietada estaba muy avergonzada de su propia imperfección y se sentía miserable, porque llegaba al final del camino con sólo la mitad de agua.

Después de dos años, la tinaja quebrada le habló al aguador diciéndole: “Estoy avergonzada y me quiero disculpar contigo. Porque debido a mis grietas, sólo puedes entregar la mitad de mi carga y sólo obtienes la mitad del valor que deberías recibir”.

El aguador, apesadumbrado, le dijo compasivamente: “Cuando regresemos a la casa quiero que notes las bellísimas flores que crecen a lo largo del camino”. Así lo hizo la tinaja. Y en efecto, vio muchísimas flores hermosas. Pero de todos modos se sintió apenada porque, al final, sólo quedaba dentro de sí la mitad del agua que debía llevar.

El aguador le dijo entonces: “¿Te diste cuenta de que las flores sólo crecen en tu lado del camino? Siempre he sabido de tus grietas y quise sacar el lado positivo de ello. Sembré semillas de flores a todo lo largo del camino por donde vas y todos los días las has regado. Por dos años yo he podido recoger estas flores para decorar el altar de mi Maestro. Si no fueras exactamente como eres, con todos tus defectos, no hubiera sido posible crear esta belleza”.





¿Buena suerte?

¿Mala suerte?

Una historia china habla de un anciano labrador que tenía un viejo caballo para cultivar sus campos. Un día el caballo escapó a las montañas.

Cuando los vecinos del anciano se acercaron para condolerse con él y lamentar su desgracia, el labrador expresó: ¿Buena suerte?, ¿mala suerte?, ¿quién sabe?

Una semana después, el caballo volvió de las montañas trayendo una manada de caballos salvajes. Entonces los vecinos felicitaron al labrador por su buena suerte. Este les respondió: ¿Buena suerte?, ¿mala suerte?, ¿quién sabe?

Cuando el hijo del labrador intentó domar uno de aquellos caballos salvajes, cayó y se rompió una pierna. Todo el mundo consideró esto como una desgracia. No así el labrador, quien se limitó a decir: ¿Mala suerte?, ¿buena suerte?, ¿quién sabe?

Una semana más tarde, el ejército entró en el poblado y fueron reclutados todos los jóvenes que se encontraban en buenas condiciones. Cuando vieron al hijo del labrador con la pierna rota, lo dejaron tranquilo. ¿Había sido buena suerte?, ¿mala suerte?, ¿quién sabe?

El sabio labrador sólo expresó: Todo lo que a primera vista parece un contratiempo puede ser realmente benigno.

Así pues, será postura sabia que dejemos a Dios decidir lo que es buena o mala suerte, y le agradezcamos que todas las cosas se conviertan en bien.

Mantén la boca cerrada

Una rana se preguntaba cómo podía alejarse del clima frío del invierno. Unos gansos le sugirieron que emigrara con ellos. Pero el problema era que la rana no sabía volar.

Déjenmelo a mí - dijo la rana -. Tengo un cerebro espléndido. Lo pensó y luego pidió a dos gansos que la ayudaran a recoger una caña fuerte, cada uno sosteniéndola por un extremo. La rana pensaba agarrarse a la caña por la boca.

A su debido tiempo, los gansos y la rana comenzaron su travesía. Al poco rato, pasaron por una pequeña ciudad y los habitantes de allí salieron para ver el inusitado espectáculo. Alguien preguntó: ¿A quién se le ocurrió tan brillante idea?

Esto hizo que la rana se sintiera tan orgullosa y con tal sentido de importancia que exclamó: ¡A MÍ! ...Su orgullo fue su ruina, porque en cuanto abrió la boca, se soltó y cayó al vacío.



El ejemplo

Una agradable tarde de sábado decidí llevar a mis hijos al zoológico. Al llegar me acerqué al joven de la boletería y le pregunté el valor de la entrada.

El muchacho respondió:

- Adultos y niños mayores de seis años, pagan dos mil pesos.

Mirando a mis hijos, me dijo:

- Si tienen seis o menos entran gratis. ¿Qué edad tienen?

- El menor tiene tres y el mayor acaba de cumplir siete, le indiqué.

Es decir, le debo cuatro mil pesos.

El joven de la ventanilla se asombró:

- Eh, señora, ¿se da cuenta que podría haberse ahorrado dos mil pesos?

Si me hubiera dicho que el mayor tenía seis, no me habría dado cuenta.

- Es posible, le respondí, pero los niños sí.

Patricia Fripp



Los dos mares

En Palestina hay dos mares:

El uno es dulce y abunda en peces. Prados, bosques y huertos adornan sus orillas. Los árboles extienden sobre él sus ramas y alargan las raíces sedientas para beber de sus aguas saludables. En sus playas juegan grupos de niños, como jugaban cuando Jesús solía venir aquí. El amaba este mar. Contemplando su plateada superficie predicó muchas veces sus parábolas. Y en un valle cercano dio de comer a cinco mil personas con cinco panes y unos pocos peces.

Las cristalinas aguas espumantes de un brazo del Jordán -que llegan a él saltando los cerros- forman este mar que ríe y canta bajo la caricia del sol. Los hombres edifican sus casas cerca de él y los pájaros sus nidos. Y todo cuanto vive es dichoso con sólo estar a su orilla.

El Jordán también desemboca al sur en otro mar. Allí no hay chapoteo de peces, ni susurro de hojas, ni canto de pájaros, ni risa de niños. Los viajeros evitan esa ruta, a menos que la urgencia de sus negocios les obligue a seguirla. Una atmósfera densa pesa sobre las aguas de este mar que ni el hombre, ni la bestia, ni el ave beben nunca.

¿A qué se debe tan enorme diferencia entre dos mares vecinos? No se debe al Jordán, porque tan buena es el agua que vierte en uno, como la que vierte en el otro. Tampoco se debe al suelo que les sirve de lecho, ni a las tierras que lo circundan.

La diferencia se debe a esto: el mar de Galilea recibe las aguas del Jordán, pero no las retiene, por cada gota que entra, sale una gota. El dar y el recibir se cumplen allí en idéntica medida. En cambio, el otro mar es avaro y atesora celosamente lo que recibe. Nunca es tentado por un impulso generoso. Cada gota que allí cae, allí se queda.

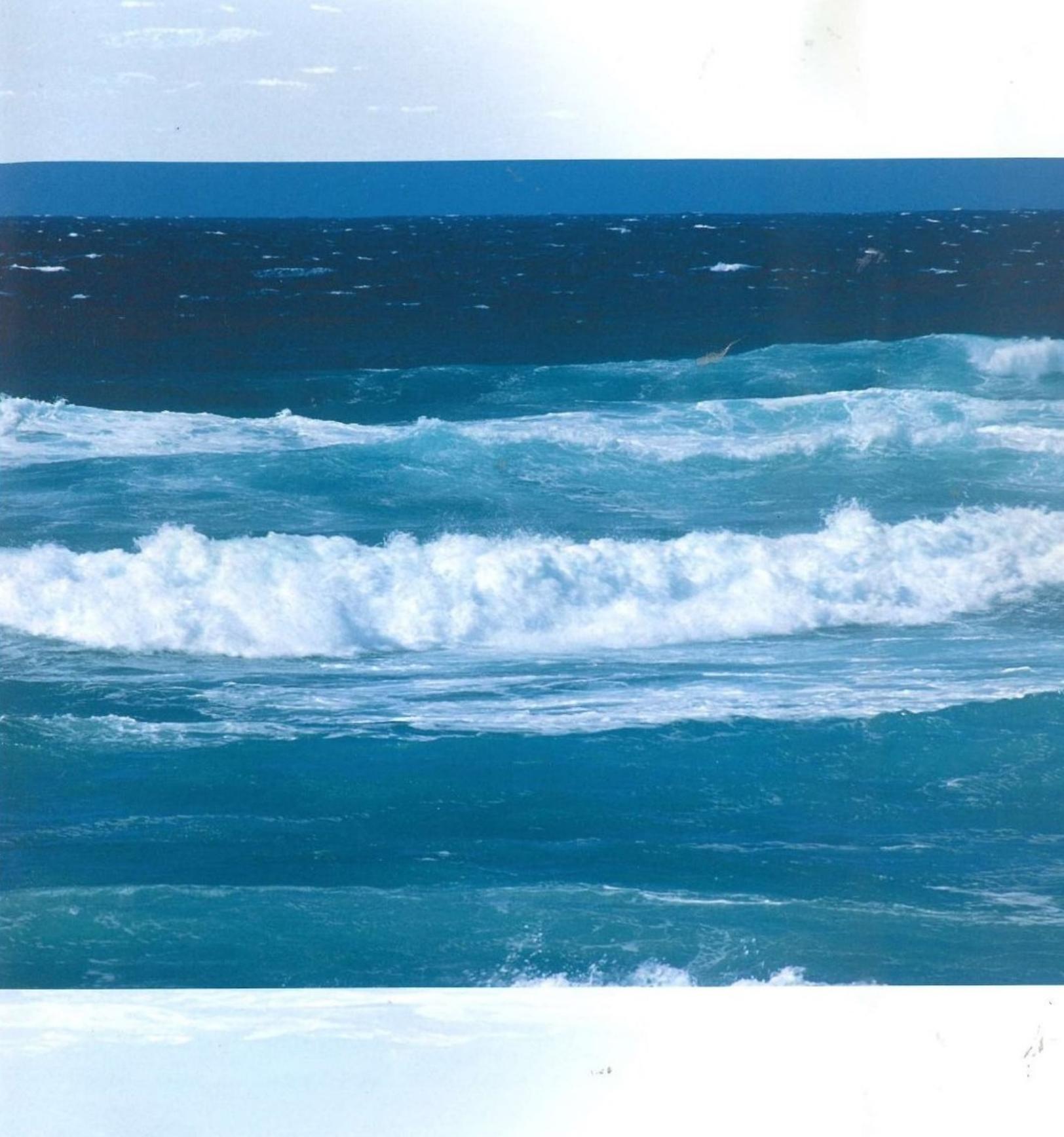
El mar de Galilea da y vive. El otro -el que no da nada- se llama Mar Muerto.

Hay dos mares en Palestina.

Hay dos clases de gente en el mundo.

Sadhu Sundar Singh







Reírse

Cuenta la historia que habían tres místicos chinos a los cuales nadie les conocía el nombre, solamente se les reconocía como los tres santos que se ríen, porque la verdad que nunca hacían otra cosa más que reírse...

Ellos iban de pueblo en pueblo riéndose. Se paraban en la plaza donde estaba el mercado y se reían a carcajadas. La genteacudía a verlos, cerraban las tiendas y los clientes se olvidaban de para qué habían venido. Estos tres hombres eran realmente hermosos riendo y con sus vientres estremeciéndose. Esto se volvía contagioso y pronto los demás empezaban también a reír. Entonces todo el mercado reía. Y si alguien decía:



“Decidnos algo”, ello contestaban: “No tenemos nada que decir. Simplemente nos reímos y con ello podemos cambiar el ambiente del mercado. Hace unos minutos este lugar era desagradable, ahora se respira un aire diferente”.

Viajaban por toda China, de un lugar a otro, de aldea en aldea, solamente ayudando a la gente a reír. Gente triste, enojada, gente codiciosa, celosa; todos empezaban a reír con ellos.

Entonces ocurrió que en una de las aldeas, uno de los tres murió. La gente del pueblo se reunió y dijo: “Ahora sí que habrá problemas. ¡Ahora veremos



hasta morir

si se ríen!... Su amigo ha muerto; seguro llorarán”.

Pero cuando los vieron, los dos estaban bailando, riendo y celebrando la muerte. Mientras tanto, la gente del pueblo decía: “Esto es demasiado. Es de mala educación. Cuando un hombre muere es una irreverencia reír y bailar”.

Sin embargo, ellos les dijeron: “No sabéis lo que ha pasado. Los tres siempre pensábamos cuál de nosotros moriría primero. Este hombre ha ganado; hemos sido derrotados. Toda la vida hemos reído con él. ¿Cómo podríamos darle el último adiós de otra manera? Tenemos que reír,

tenemos que disfrutar, tenemos que celebrar. Esta es la única despedida posible para un hombre que ha reído toda su vida. Y si no reímos, él se reirá de nosotros y pensará: ¡Qué tontos! ¿Así que otra vez han caído en la trampa? Para nosotros no ha muerto. ¿Cómo puede la risa morir, cómo puede la vida morir? La risa es eterna, la vida es eterna, la celebración continúa. Los actores cambian, pero el drama continúa. Las olas cambian, pero el océano continúa”.

Mientras estaban en este diálogo, el cuerpo del maestro estaba a punto de ser incinerado y la gente del pueblo decía: “Le bañaremos tal como dice el ritual”. Pero los dos sabios se

opusieron terminantemente a ello explicando: “Nuestro amigo ha dicho que no llevemos a cabo ningún ritual y que no lo cambien de ropas, ni lo bañen, nos hizo prometer que lo pondríamos en la pira crematoria tal y como estaba”.

Así lo hicieron y de repente ocurrió algo extraordinario. El sabio chino les había gastado su última broma. Había escondido bajo sus ropas fuegos artificiales y cuando colocaron su cuerpo al fuego estos empezaron a destellar luces multicolores por todo el cielo, entonces el pueblo y sus otros dos amigos empezaron a reír.

Osho



El sueño de María

Tuve un sueño, José. No lo pude comprender, realmente no, pero creo que se trataba del cumpleaños de nuestro Hijo. Creo que sí era acerca de eso.

La gente estaba haciendo los preparativos con seis semanas de anticipación. Decoraban las casas y compraban ropa nueva. Salían de compras muchas veces y adquirían elaborados regalos. Era muy peculiar, ya que los regalos no era para nuestro Hijo. Los envolvían con hermosos papeles, ataban con preciosos moños, y los colocaban debajo de un árbol. Sí, un árbol, José, dentro de sus casas. Esta gente estaba decorando el árbol también. Las ramas llenas de esferas y adornos que brillaban. Había una figura en lo alto del árbol. Me parecía ver un ángel. ¡Oh! era verdaderamente hermoso.

Toda la gente estaba feliz y sonriente. Todos estaban emocionados por los regalos, se los intercambiaban unos con otros. Y ¿sabes, José? No quedaba ninguno para nuestro Hijo. Creo que ni siquiera lo conocían, pues nunca mencionaron su nombre. ¿No te parece extraño que la gente se meta en tantos problemas para celebrar el cumpleaños de alguien que ni siquiera conocen?

Tuve la extraña sensación de que si nuestro Hijo hubiera estado en la celebración hubiese sido un intruso solamente. Todo estaba tan hermoso, José, y todo el mundo tan feliz; pero yo sentí enormes ganas de llorar. Que tristeza para Jesús, no querer ser deseado en su propia fiesta de cumpleaños.

Estoy contenta porque sólo fue un sueño. Pero que terrible, José, si eso hubiese sido realidad.





El poder del pensamiento

Dos monjes estaban peregrinando de un monasterio a otro y durante el camino debían atravesar una vasta región formada por colinas y bosques.

Un día, tras un fuerte aguacero, llegaron a un punto de su camino donde el sendero estaba cortado por un riachuelo convertido en un torrente a causa de la lluvia. Los dos monjes se estaban preparando para pasar, cuando se oyeron unos sollozos que procedían de detrás de un arbusto. Al indagar comprobaron que se trataba de una mujer que lloraba desesperadamente. Uno de los monjes le preguntó cuál era el motivo de su dolor y ella respondió que, a causa de la riada, no podía esquivar el torrente sin estropear su vestido de boda. Tenía que llegar al pueblo rápidamente, si no llegaba a tiempo, las familias, incluso su prometido, se enfadarían mucho con ella.

El monje no titubeó en ofrecerle su ayuda y, bajo la mirada atónita del otro religioso, la cogió en brazos y la llevó al otro lado de la orilla. La dejó ahí, la saludó deseándole suerte y cada uno siguió su camino.

Al cabo de un rato el otro monje comenzó a criticar a su compañero por esa actitud, especialmente por el hecho de haber tocado a una mujer, infringiendo así uno de sus votos. Pese a que el monje acusado no se enredaba en discusiones y ni siquiera intentaba defenderse de las críticas, éstas prosiguieron hasta que los dos llegaron al monasterio. Nada más ser llevados ante el Abad, el segundo monje se apresuró a relatar al superior lo que había pasado en el río y así acusar a su compañero de viaje.

Tras haber escuchado los hechos, el Abad sentenció: “Él ha dejado a la chica en la otra orilla, ¿tú, aún la llevas contigo?”.

Consecuencia



Un niño acaba de ser descubierto en una mentira.

Su padre, comprensivo y moderno, sabe que no es importante esa mentira sino el concepto moral del mentir. Por este motivo el padre deja de hacer lo que estaba haciendo, se para frente al niño y comienza a explicarle en un lenguaje sencillo por qué tiene que decir siempre la verdad:

-Hijo, no importan la consecuencias, las mentiras siempre traen problema y acarrean más mentiras. Cada vez que mientes la confianza de los otros hacia ti se va perdiendo, es como que un vaso que se va trizando, hasta terminar por romperse. Después, aunque intentes repararlo, nunca quedará igual.

Mientras el padre terminaba su explicación suena el teléfono y el niño, como una forma de disculparse por el error cometido, dice:

-¡Yo voy! -y corre a atender.

Al rato, regresa.

-Es el corredor de seguros, papi.

-¡Uf!, justo ahora, dile por favor que no estoy.

Un día estaba Diógenes comiendo un plato de lentejas en el umbral de una casa cualquiera.

No había en toda Atenas algo más barato en comida que el guiso de lentejas. Dicho de otra manera, comer guiso de lentejas era definirse en un estado de gran precariedad.

Pasó un ministro del emperador y le dijo:

-Ay Diógenes, si aprendieras a ser más sumiso y a adular un poco al emperador, no tendrías que comer tantas lentejas.

Entonces Diógenes dejó de comer, levantó la vista y mirando al acaudalado interlocutor profundamente, le dijo:

-Ay de ti, hermano. Si aprendieras a comer un poco de lentejas, no tendrías que ser sumiso y adular tanto al emperador.

Ser Libre



La Vaquita

Un maestro de la sabiduría paseaba por un bosque con su fiel discípulo, cuando vio a lo lejos un sitio de apariencia pobre y decidió hacer una breve visita al lugar. Durante la caminata le comentó al aprendiz sobre la importancia de las visitas, también de conocer personas y las oportunidades de aprendizaje que tenemos de estas experiencias.

Llegando al lugar constató la pobreza del sitio. Los habitantes, una pareja y tres hijos, estaban vestidos con ropas sucias y rasgadas, sin calzado; entonces se aproximó al señor, aparentemente el padre de familia y le preguntó: "En este lugar no existen señales de trabajo ni puntos de comercio tampoco, ¿cómo hacen usted y su familia para sobrevivir aquí?"

El señor calmadamente respondió: "Amigo mío, nosotros tenemos una vaquita que nos da varios litros de leche todos los días. Una parte del producto la vendemos o lo cambiamos por otros alimentos en la ciudad vecina y con la otra parte producimos queso para nuestro consumo y así es como vamos sobreviviendo."

El sabio agradeció la información, contempló el lugar por un momento, luego se despidió y se fue. En medio del camino, volteó hacia su fiel discípulo y le ordenó: "Busque la vaquita, llévela al precipicio de allá enfrente y empújela al barranco."

El joven espantado vio al maestro y le cuestionó. Mas como percibió un silencio absoluto, fue a cumplir la orden. Así que empujó la vaquita por el precipicio y la vio morir. Aquella escena quedó grabada en la memoria de aquel joven durante años.

Un día el joven resolvió abandonar lo que había aprendido y regresar a aquel lugar y contarle todo a la familia, pedir perdón y ayudarlos. Así lo hizo, y a medida que se aproximaba al lugar veía todo muy bonito, con árboles floridos, todo habitado, con carro en el garaje de tremenda casa y algunos niños jugando en el jardín.

Espantado el joven entró corriendo a la casa y confirmó que era la misma familia que visitó hace algunos años con el maestro. Elogió el lugar y le preguntó al señor (el dueño de la vaquita): "¿Cómo hizo para mejorar este lugar y cambiar de vida?"

El señor entusiasmado le respondió: "Nosotros teníamos una vaquita que cayó por el precipicio y murió; de ahí en adelante nos vimos en la necesidad de hacer otras cosas y desarrollar otras habilidades que no sabíamos que teníamos, así alcanzamos el éxito que sus ojos vislumbran ahora."





DESAFIO